

Cuando estas tres personas se encontraban por casualidad solas en una habitación, á puerta cerrada, dijérase que entre ellas rugía sordamente una tempestad de odios y de rencores. Caían los antifaces de impasibilidad. Violentamente, agresivamente, les relampagueaban las pupilas; callaban, y el silencio estaba lleno de amenazas y de acusaciones. Y, en esta atmósfera de dolor y de desesperación, sólo en su cunita, el niño sonreía á la vida y balbuceaba dichoso, como pajarito que bate las alas y canta en la alcoba de un muerto.

Había en la casa excesivo acumulamiento de nubes tempestuosas, para impedir que, al cabo, estallase la tormenta. En fuerza de refrenar su pesadumbre, sus desengaños y su indignación, Adriana, á pesar de su energía férrea y de su entereza de voluntad, llegó á un extremo de dolorosa tensión de todo su sistema nervioso; de nuevo se le quebrantó la salud: perdió el sueño, sufría alucinaciones pasajeras y, á veces, se admiraba escuchándose hablar sola y sintiéndose soñar despierta. La irritabilidad de carácter se le acentuaba más y más; no podía ver que Montaraz se acercase á la cuna del niño, sin experimentar arrebatos de cólera, que todos consideraban como exageraciones de celos maternos.

Al anoecer de un hermoso día, á últimos de Mayo, mientras la nodriza se fué á la cocina á comer con los criados, Adriana, que se había retirado á su habitación, irguió de repente la cabeza. Tenía una finura de oído extraordinaria, casi enfermiza á través de las puertas cerradas se le antojó escuchar el arrullo cadencioso de una «nana» entonada á media voz en el cuarto de la nodriza. Se encaminó precipitadamente á dicha estancia, abrió bruscamente la puerta, y una llamarada de ira le subió al rostro.

Sentada junto al balcón, Montaraz, con el pequeño en brazos, lo dormía murmurando el estribillo de una canción aldeana, de una canción á cuyo arrullo durmióse ella antaño, en el bosque, siendo muy niña. A veces se detenía; rozaba con los labios la frente del *bebé*, y después proseguía repitiendo:

« Hay un estanque muy bonito  
A la orilla del vergel,  
Y allí va el niño que es muy bueno  
Y allí se lava el lindo pie.

Allí se bañan los patitos  
Y van los cisnes á beber  
Y allí se lava una pastora  
Que tiene cara de clavel.

Si mi niño es bueno  
yo lo lavaré,  
en el lindo estanque  
que hay junto al vergel ».

De pronto, al ver á su madre adoptiva, se detuvo, quedándose como petrificada. Adriana se le acercó :

— ¿Qué haces aquí? ¿No te he prohibido tocar al niño?...

— ¡Como nadie me veía! — contestó Dionisia con acento casi suplicante.

— He dicho que no quiero... ¿me entiendes? ¡No quiero!

Y, al mismo tiempo, arrancó al niño de las manos de Montaraz con tal violencia, que el chiquitín se despertó y rompió á llorar.

— ¡No aprietes tanto! ¡Que le haces daño! — gritó la joven, alarmada.

— ¡Bah! ¿Qué importa?... Nunca lograré hacerlos á él y á ti la mitad del daño que tú me has hecho.

Le fulguraban los negros ojos y, sorda á los lamentos del chiquitín, lo oprimía con más fuerza.

— ¡Te digo que lo ahogas! — exclamó imperiosamente Dionisia, exaltándose. — ¡Déjalo!

— ¡No! ¡Es mío! ¡Bastante caro me cuesta! —

respondió Adriana, con excitación creciente. — Este niño es mi infierno en vida; sólo me recuerda infamias; y aun cuando lo mate, aun cuando lo aplaste como á un gusano... ¿qué? ¿Quién se atrevería á condenarme?

Se aproximó al balcón y extendió los brazos como para lanzar al vacío á la criaturita. Dionisia, por la mirada y por el gesto, comprendió que aquella mujer era capaz de poner por obra sus amenazas, y se abalanzó para contener á Adriana, lanzando al mismo tiempo un grito agudo que hizo acudir á Francisco, que se hallaba en su gabinete.

Adriana se quedó un momento mirando á los jóvenes, retrocedió, arrojó al niño en la cuna, y, rompiendo á reír con risa salvaje, huyó por el pasillo.

Bajó la escalera. Sentía horror hacia sí misma y hacia los demás. La casa se le venía encima. Tenía prisa por abandonarla, cual si temiera que muros y techumbres fueran á desplomarse. El vestíbulo se hallaba desierto y las puertas de par en par. Corriendo, precipitose en el jardín y llegó al campo.

El anochecer era admirablemente hermoso. Hacia poniente, el cielo teñido aún de color áureo,

semejaba espejo de oro sobre el cual iban deshojándose las rosas de las nubecillas arreboladas. Abajo, en el fondo del valle, manchas que parecían enormes copos de nieve se destacaban sobre el verdor obscuro de los setos y de los prados: copos de espinos en flor, racimos de acacias en plenitud de vegetación, alfombras tembladoras de margaritas. La primavera se hallaba en todo su esplendor; la alegría de vivir estallaba por doquiera, en las flores que abrían y en los pájaros que cantaban. Hasta Fuentemala parecía lucir traje de fiesta, con sus campánulas alabastrinas enredadas á los troncos de los rosales, con las purezas de sus lirios acuáticos, con la gloria de sus nenúfares — oro y nácar — sobre la esmeralda de las hojas extendidas en el agua muerta. Y mientras Adriana hollaba los taludes tapizados por húmedo césped, recordaba, con amarga desesperación, aquella mañana primaveral en que alegremente salió de la Mancienne á pasear, satisfecha por verse libre y con el cerebro lleno de ilusiones dichosas... Evocaba con todo detalle aquel paseo inolvidable: el camino umbroso á orillas del Aubette, el bosque secular, la figura de Ramona Trinquesse acurrucada en la puerta de su casuca... No más de dos años habían transcurrido, y hoy,

cual entonces, florecían los prados y trinaban las aves en la arboleda. Todo parecía igual; hasta Ramona andaba de la parte allá del estanque, removiendo la hierba al pie de las encinas y buscando setas. A lo lejos Adriana veía la enmarañada cabellera rubia, las amplias espaldas y el astroso traje de la mujerota. De repente sintió miedo; le dió vergüenza mostrarse humillada é infeliz ante la que siempre la halló altiva, dichosa y triunfante. Para esquivar las miradas escrutadoras de Ramona, se ocultó en el follaje espeso y entre los rosales de Fuentemala, y se sentó al borde del agua, entre los verdes tallos y las frondas florecientes que se erguían por encima de su cabeza.

El azul del cielo se hizo más intensamente obscuro; principiaron á asomar las estrellas; Adriana, á través del follaje, veía parpadear aquellos ojos de plata y de oro. En una enramada próxima á la linde del bosque, comenzó á endechar un ruiseñor. Los trinos sonoros, las melodías ya vibrantes ya trémulas, las notas sueltas desgranadas una tras otra como llamamientos voluptuosos, toda la música de las noches de Mayo, penetraba agudamente, dolorosamente hasta el fondo del cerebro de la desdichada esposa,

y le producía un trastorno cada vez mayor. El aroma intenso de los mastranzos, el olor vigoroso de las cicutas, la envolvían ocasionándole vértigos. Antojábasele que en sus nervios se producía un hormigueo semejante al de los mosquitos que bailoteaban sobre el agua verdinosa. El pensamiento le oscilaba con el centelleo de las estrellas y le temblaba á compás de los trinos del ruiseñor; el cuerpo, dolorido y palpitante, vibraba con el ritmo misterioso de la serena noche. Dijérase que todo giraba; con las pupilas desencajadas, seguía con asombro el movimiento ondulante, acelerado, que parecía arrastrar plantas, árboles, colinas y cielo en torbellino loco y enloquecedor... Y de repente, sobre las hierbas húmedas, se dejó caer cediendo al acceso de risa irrefrenable que la acometiera anteriormente en el cuarto de la nodriza...

Cada vez más intensa, la frescura de la noche extendía sus brumas sobre el estanque, sobre la pradera y sobre las alturas del bosque de Montavoir. Los caminos habían quedado desiertos; el pueblo, apagadas las luces de las casas, dormía. En el lindero del bosque el ruiseñor seguía cantando, y los coros de ranas empezaban á repiquetear las castañuelas. Entre las frondas de Fuentemala, de tiempo en tiempo, sobreponién-

dose á los confusos rumores nocturnos, surgía un clamor extraño, un grito salvaje demasiado agudo para ser el graznar de la abubilla, demasiado largo para ser el lamento de la gallineta; y cada vez que el grito surgía, el ruiseñor en la enramada y las ranas entre las hojas lustrosas de los nenúfares, enmudecían, enmudecían prolongadamente, cual si experimentasen terror secreto...

En el castillo de Rouelles, se estuvo aguardando, durante una parte de la noche, que volviese la señora de Pommeret. Después de haberla buscado inútilmente por el jardín y por el pueblo, los criados se dedicaron á explorar el campo; las pesquisas resultaron infructuosas; se cansaron de dar voces en todas direcciones, sin obtener respuesta. Francisco pasó la noche de pie, y, á la mañana siguiente, al despuntar el alba, se reanudó la busca. Yendo, viniendo y dictando órdenes, Francisco se decía:

— ¡ Si la trajeran muerta !

Le corrían escalofríos, y, al par, este fúnebre pensamiento se le agarraba al fondo del alma como vaga esperanza, como secreto alivio de angustia. Mientras mandaba á Pedro que registrase las espesuras de Fuentemala, oyó de repente ruido de voces en el vestíbulo, y vió entrar á dos

campesinos conduciendo á Adriana, que traía sueltos los cabellos, empapadas las ropas y llenos de lodo los pies. Vivía, pero nada más. Sus ojos extraviados no conocían á nadie, y una risa nerviosa, convulsiva, burlona, incesante, la hacía temblar con temblor epiléptico, llenando los amplios corredores de ecos salvajes, de resonancias clamorosas, de voces semejantes á las que vibran en los manicomios.

Dos días después, se leía en *El Espectador de Langres*: « Una desgracia horrible acaba de herir á una digna y estimable familia de la comarca. Una señora joven, que recientemente dió á luz, la esposa del señor Pommeret, en un acceso repentino de enagenación mental, huyó repentinamente del castillo de Rouelles. A la mañana siguiente, la encontraron en el bosque de Montavoit, en completo estado de demencia. Había renunciado á amamantar á su hijo, y, según se dice, la brusca supresión de la lactancia, le ha producido trastornos cerebrales gravísimos; su joven marido, abrumado de dolor, se ha visto obligado á llevarla, por consejo de los médicos, á un manicomio. »

.....

.....

La señora de Pommeret continúa viviendo. Se encuentra en el Sanatorio de Mareville, y su demencia ha sido declarada incurable. Francisco y Donisia han abandonado Rouelles. Se odian recíprocamente, pero no se atreven á separarse; el niño, que constituye el único objeto de la vida de ambos, y cuya posesión se disputan, mantiene reunidos á estos dos seres que no pueden mirarse sin que á las miradas les asomen sangrientos reproches y maldiciones. La Mancienne y el castillo de Rouelles han sido vendidos. La pareja, que se aborrece y que no encuentra tranquilidad en parte alguna, vaga de ciudad en ciudad, por las playas durante el verano y por las poblaciones del Mediodía durante el invierno, arrastrando por doquiera su equívoca y engañosa intimidad. De vez en cuando reciben comunicación oficial del manicomio de Mareville, y leen, invariablemente, que, en lo físico, la salud de la enferma nada deja que desear, pero que, el estado mental, prosigue siempre el mismo. El niño los acompaña, y, á medida que crece, se asemeja por manera aterradora á Adriana. También él, entre los negros cabellos, ostenta el mechón blanco que constituía el rasgo característico del aspecto de la desgra-

ciada mujer. Inútilmente Dionisia corta con frecuencia ese mechón de cabello que le produce terror indefinible: siempre más visible, siempre más espeso, vuelve á brotar, persistente y vigoroso como un remordimiento.

FIN

Imp. PAUL DUPONT, Paris. — 312.6.1907 (Cl.).

